

DESCRIBIR, EXPLICAR, PARTICIPAR EN EL DEBATE PÚBLICO

LA NECESIDAD DE LA INVESTIGACIÓN CUALITATIVA

ENRIQUE MARTÍN CRIADO
UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE, SEVILLA
Recepción: noviembre 2014; aceptación: diciembre 2014

R E S U M E N

LA CORRIENTE MAYORITARIA DE LA SOCIOLOGÍA CONTEMPORÁNEA SE CARACTERIZA POR TRES LIMITACIONES. RESPECTO AL PÚBLICO: SE DIRIGE A SOCIÓLOGOS Y CLIENTES, EXCLUYENDO AL PÚBLICO GENERAL. RESPECTO AL OBJETIVO: SE BUSCAN RELACIONES CAUSALES GENERALES, EXCLUYENDO LA DESCRIPCIÓN Y LA EXPLICACIÓN DE FENÓMENOS LOCALIZADOS. RESPECTO AL TIPO DE EXPLICACIÓN: SE PRIVILEGIA LA COVARIACIÓN ESTADÍSTICA ENTRE VARIABLES DESCONTEXTUALIZADAS, EXCLUYENDO EL ANÁLISIS DE LOS MECANISMOS CAUSALES CONCRETOS, LA CAUSALIDAD ESTRUCTURAL Y LOS PROCESOS. SE DISCUTEN ESTAS LIMITACIONES Y SE DEFIENDE QUE LA SOCIOLOGÍA CUALITATIVA PUEDE PERMITIR SUPERARLAS EN PARTE.

PALABRAS CLAVE:

METODOLOGÍA SOCIOLÓGICA, SOCIOLOGÍA PÚBLICA, TEORÍA SOCIAL, DESCRIPCIÓN.

INTRODUCCIÓN

¿Para qué sirve la sociología? Quienes nos dedicamos a esta profesión nos vemos confrontados habitualmente a la incómoda pregunta. Todos tenemos un pequeño repertorio de respuestas, que van desde el pleonasma —*sirve para comprender la sociedad*— hasta el compromiso militante —podemos citar a Elias, *la sociología como cazadora de mitos* o a Bourdieu, *una ciencia que molesta*—. Sin embargo, estas respuestas no eliminan la desazón del interpelado. ¿Es la sociología realmente una ciencia que molesta? Para que un discurso

moleste, primero ha de ser escuchado. ¿Quién lee textos sociológicos que no sea del gremio o estudiante de una asignatura de sociología? La misma ubicuidad de la pregunta sobre la utilidad de la sociología nos da la respuesta: no se haría la pregunta si se supiera para qué sirve. Sin embargo, la irrelevancia de la sociología en el espacio público no es consustancial a la disciplina: basta pensar en la escuela de Chicago, absolutamente implicada en los problemas de su época y cuyas obras eran objeto de una gran atención pública.

Ese aislamiento de la sociología del debate público responde a una configuración particular de

factores, entre los cuales no son menores los teóricos y metodológicos: según Abbott (2001:121), la sociología se fue alejando del público a medida que sustituía la descripción de fenómenos sociales concretos por la búsqueda de relaciones entre variables descontextualizadas.

En este artículo pretendo exponer algunos elementos para comprender este fenómeno. Defenderé que la corriente principal de la sociología ha ido imponiendo una serie de limitaciones y exclusiones: de entre las múltiples sociologías posibles ha privilegiado una serie de caminos y dejado al margen otros. Estas limitaciones operan en tres pasos, que enunciaré de más general a más particular. En primer lugar, respecto al público: se ha privilegiado realizar sociología para ser leída por los propios sociólogos o por clientes, dejando fuera al público general. En segundo lugar, en cuanto al objetivo de la investigación: se ha privilegiado la búsqueda de relaciones causales generales, dejando fuera la descripción y la explicación de fenómenos sociales localizados espacial y temporalmente. Por último, se ha privilegiado un tipo de explicación, la covariación estadística entre variables descontextualizadas, excluyendo el análisis de los mecanismos causales concretos, la causalidad estructural y los procesos.

Expondré estas limitaciones de más particular a más general, para concluir con unas reflexiones sobre lo que puede aportar la investigación cualitativa para superarlas.

1. LIMITACIONES EN EL TIPO DE EXPLICACIÓN

Las investigaciones que predominan en las principales revistas de sociología suelen caracterizarse por: a) parten de datos cuantitativos, habitualmente encuestas o registros administrativos; b) realizan análisis multivariados cuyo objetivo es buscar el peso específico de cada variable independiente (VI) para *explicar* la variable dependiente (VD) «permaneciendo todo lo demás igual». Este tipo de investigación presenta dos limitaciones muy importantes: los datos que utiliza y el razonamiento que supone. Veamos brevemente la primera para centrarnos en la segunda.

EXPLICAR A PARTIR DE LO CUANTIFICABLE

Becker (1970: 14) señala que la mayoría de la metodología se concentra en unos pocos problemas, dejando fuera del debate otros muchos. Uno de éstos es la producción de los datos estadísticos. Sin embargo, es un punto crucial; estas investigaciones observan la realidad por una mirilla muy estrecha: aquello que se pueda medir. Los datos suelen consistir en registros administrativos o encuestas. Ambos tienen enormes problemas.

Los registros administrativos, lejos de ser un mero «registro» de la realidad, son el resultado de lógicas de organización administrativa y de estrategias de los distintos actores implicados: las cifras que resultan dependen a menudo más de estas dinámicas que del propio fenómeno que se pretende registrar (Merllié, 1993). Las encuestas, a su vez, son el resultado de la propia situación de interacción: una situación particular muy alejada de los comportamientos y «opiniones» que la misma persona puede tener en otras situaciones (Deutscher, 1973). Además, al sumar respuestas nominalmente idénticas se supone que todos los sujetos interpretan preguntas y respuestas de la misma manera, una ilusión que desmiente la investigación sociolingüística (Martín Criado, 1991).

Limitar la investigación a lo medible introduce un problema adicional: generalmente los datos no se corresponden exactamente con las preguntas teóricas o conceptos del investigador, que ha de buscar *indicadores*, datos que tendrían una estrecha relación con los conceptos. Ahora bien, esta relación es muy discutible. Abbott (2001: cap. 2) ha analizado el uso de indicadores en artículos de revistas sociológicas norteamericanas: los mismos indicadores se utilizan para conceptos muy distintos y los mismos conceptos son representados por los indicadores más diversos. Duncan (1984: 227) comparte el escepticismo de Abbott; así, no considera creíble que las 2080 cantidades sociológicas —indicadores, escalas, etc.— distintas que se registraron en 1965 pudieran responder a verdaderos conceptos. Por ello, afirma que la enfermedad cognitiva a la que llama *estadisticismo* se manifiesta en cosas como la creencia de que se puede

medir cualquier cosa con ponerle un nombre que connota variación. Lieberson (1985) concluye que con estos datos tan problemáticos rara vez se puede refutar una hipótesis.

EL QUIMÉRICO *CETERIS PARIBUS*

Los análisis multivariados —las técnicas estadísticas más utilizadas en las ciencias sociales actualmente— intentan ver la influencia de un conjunto de variables independientes en una variable dependiente. Su objetivo es buscar las variables que *explican* «permaneciendo todo lo demás constante» —supuesto del *ceteris paribus*—. Esta lógica de razonamiento deriva de la experimental: el objetivo sería comparar dos muestras equivalentes en todos los aspectos excepto en aquel —el tratamiento o la VI— cuyo efecto se quiere medir. Pero, como no se pueden asignar los casos en un laboratorio —con individuos similares en todos los aspectos excepto el tratamiento o con asignación aleatoria de individuos a grupo de tratamiento y grupo de control—, se hace un razonamiento contrafáctico. En efecto, al comparar dos poblaciones, una que ha recibido el tratamiento (VI) y otra que no, y asignar eficacia causal a la VI, se está razonando sobre algo que no existe: lo que le hubiera pasado a la población «control» si en ella hubiera estado presente la VI (así, si los chicos que van a escuelas públicas hubieran ido a escuelas privadas, su rendimiento escolar hubiera mejorado). El problema es que las dos poblaciones difieren en muchos más aspectos y éstos, seguramente, tampoco se distribuirán al azar y tendrán incidencia en la VD. Este problema se ha intentado resolver mediante el control de variables: si el estatus económico incide en ir a una escuela privada o pública, se mide el efecto de la escuela a igual estatus. Se intentan controlar todos los factores que puedan hacer ir a una escuela u otra y que a la vez incidan en la VD. El objetivo sería razonar como si se realizara un experimento: los dos conjuntos de casos son al final similares en todos los aspectos relevantes excepto en la VI.

Lieberson (1985) ofrece variadas y extensas críticas de este razonamiento. Nos centraremos en una: difícilmente podremos resolver el problema de la se-

lectividad —teniendo dos poblaciones con un grupo de características similares pero comportamientos distintos, es posible que difieran en otra característica que incida en el comportamiento—. Supongamos que controlamos, en el ejemplo de las escuelas, por origen social, y comparamos el rendimiento de estudiantes de familias obreras en ambos tipos de escuelas. ¿Podemos suponer que las familias obreras que envían a sus hijos a escuelas privadas son similares en todos los aspectos relevantes a las que los envían a escuelas públicas? Difícilmente: es posible que difieran en otros aspectos que influyan en que se vaya a escuelas privadas o públicas y que a su vez influyan en el rendimiento. Podríamos encontrar a su vez otra variable que controlara otra característica que influya en enviar a los hijos a un tipo de escuela —p. ej., tipo de barrio en que viven los padres—, pero nos volveríamos a encontrar con el mismo problema: los padres de clase obrera de x barrios que envían a sus hijos a escuelas privadas posiblemente difieran de aquellos que en los mismos barrios los envían a escuelas públicas y que esas características influyan a su vez en el rendimiento. Nos enfrentamos así a un bucle recursivo infinito que no se podría llevar más allá, en la práctica, de dos o tres escalones —nos quedaríamos sin casos para poder *controlar*—. Además, estos controles podrían llevarnos a conclusiones completamente erróneas (Lieberson, 1985: cap. 2).

¿Por qué no podemos llegar al *ceteris paribus*? Passeron (1991) explica que las ciencias sociohistóricas son muy distintas de las ciencias naturales. Éstas pueden reconstituir un acontecimiento concreto apoyándose en un corpus constituido de leyes físico-químicas válidas independientemente de las coordenadas espacio-temporales del fenómeno singular a explicar. Por el contrario, los hechos que analizan las ciencias sociohistóricas se producen en configuraciones sociohistóricas particulares donde cada fenómeno es el resultado de una constelación particular de elementos:

[A las ciencias sociohistóricas] «los fenómenos siempre les vienen dados en el transcurso del mundo histórico que no ofrece ni repetición espontánea ni posibilidad de aislar variables en laboratorio. Aun meticulosamente organizados, la comparación

y el análisis no ofrecen aquí más que *un sustituto aproximativo del método experimental* ya que sus resultados permanecen afectados a un período y un lugar. Las interacciones o las interdependencias más abstractas nunca se atestan sino en situaciones singulares, que no se pueden descomponer ni sustituir *strictu sensu*, que son otras tantas «individualidades históricas». En otras palabras, las constataciones tienen siempre un «contexto» que puede *designarse* pero no *agotarse* mediante un análisis finito de las variables que lo constituyen, y que permitiría razonar «permaneciendo igual todo lo demás.» (Paseron, 1991: 25)

Para corroborar una relación entre dos variables hay que controlar todas las variables intermedias que podrían ser las que realmente actúan. Pero las variables a neutralizar en la observación sociohistórica jamás se pueden agotar: suponen una lista indefinida. Además, para controlar variables hay que sobrecargar cada vez más las submuestras de individuos que respondan a todas las características que se pretenden neutralizar. Se construyen así muestras de individuos cada vez más improbables socialmente: uno se aleja cada vez más de la manera en que las variables se vinculan entre ellas en la realidad social. Los obreros agrícolas son más probables en Andalucía que en Barcelona y, por tanto, diferentes. Al olvidar esto se naturalizan las variables, se las hace transhistóricas. Se ignora que el peso de un factor depende de la configuración de relaciones sociohistóricas en que se inserta: no se puede controlar el efecto género comparando sólo a las mujeres que tienen trabajos, títulos escolares, posiciones familiares, etc. similares a las de los hombres, porque estas mujeres, por el hecho de tener estas características, son distintas del resto de mujeres. El efecto del género, de la clase social o del nivel de estudios no puede aislarse *in vitro* porque, en cada configuración histórica, va unido a una serie de características secundarias más o menos probables y porque su combinación diferencial con las otras características produce efectos distintos. Ninguna comparación histórica o estadística puede así respetar la cláusula *ceteris paribus*: el peso diferencial de una variable depende de la configuración histórica particular.

Marini y Singer (1988) explican que la causalidad suele darse por una disyunción de conjunciones: hay varios caminos posibles para producir un fenómeno y cada camino supone la interacción de varios factores. Al resultado Z se puede llegar por la conjunción de A+B+C, o de B+C+D, o de A+F+G. En una circunstancia concreta, que alguno de estos factores aparezca como «eficiente» en un control multivariado depende de que esté presente ese factor y los otros factores necesarios en la conjunción en que actúa. Así, si en un momento la única conjunción eficiente es A+F+G, se puede llegar a deducir —erróneamente— que B y C no juegan ningún papel, cuando en la realidad puede que actúen en muchos más casos que F y G. Por ello los análisis multivariados realizados en distintos momentos y geografías pueden encontrar *variables que explican* muy distintas.

En un sistema de interrelaciones, cuando cambia un elemento, cambian otros muchos: por eso no se puede razonar «permaneciendo todo lo demás igual». Lieberson (1985: cap. 7) pone el ejemplo de las diferentes ocupaciones de negros y blancos en EEUU. Por análisis multivariado podemos ver que la «variable que explica» esta diferencia es el nivel educativo. Pero, ¿y si todos los negros aumentan su educación? ¿Conseguirían los mismos empleos que los blancos? Supongamos que hay una estructura de cierre social étnico: en ese caso, la equiparación educativa de negros y blancos no llevaría a una igualdad de ocupación; simplemente se trasladaría el criterio segregador a otro que permitiera diferenciar negros y blancos. En la realidad nunca permanece todo lo demás constante: no es lo mismo ser negro con título universitario cuando uno pertenece a una minoría que cuando la mayoría lo tiene.

EL TIEMPO ANULADO

Una segunda limitación de este tipo de explicación es su anulación de la temporalidad y el proceso. Habitualmente se parte de muestras trasversales y los cruces se realizan entre variables que han sido medidas al mismo tiempo. Al reducir la causalidad a la fuerza de la asociación entre dos variables en

un momento concreto, se deja fuera todo lo que los fenómenos le deben al pasado.

Pierson (2004:3) ofrece algunos ejemplos de los errores a que puede llevar esta ignorancia de los procesos. Así, si uno analiza transversalmente la relación entre altos funcionarios y congresistas en EEUU, puede inferir que los altos funcionarios se ven obligados a responder a las demandas de los congresistas. Sin embargo, el proceso es el contrario: los altos funcionarios construyen con el tiempo amplias redes de apoyos y reputaciones; los congresistas sólo pueden conseguir respuesta a sus demandas si las adaptan a las exigencias de estas redes, de manera que sólo demandan aquello que los altos funcionarios están dispuestos a ofrecer.

La mayoría de los fenómenos sociales no se producen por la conjunción durante un período de dos variables. Son producto de dinámicas que modifican progresivamente el entramado de relaciones: las acciones de los sujetos modifican los entornos que a su vez modifican a los sujetos. Ello puede desencadenar acciones circulares o de feedback, como muestra la teoría de la *path dependence* —una pequeña alteración inicial puede desencadenar un proceso de feedback cada vez más irreversible— o los fenómenos donde una pequeña diferencia que supone traspasar un umbral conduce a resultados radicalmente distintos (Granovetter, 1978). Así, una pequeña diferencia entre los umbrales de preferencias por la mezcla o separación étnica puede desencadenar procesos completamente distintos en dos barrios con la misma mezcla étnica —supongamos 20% de negros y 80% de blancos— y con características de habitantes similares. Si en uno hay un 10% de blancos que se irán cuando el porcentaje de negros llega al 25% y en el otro el umbral mínimo es de 30%, un pequeño ascenso de residentes negros puede desencadenar una huida blanca en cascada en un barrio —tras marcharse los de umbral de tolerancia étnica más bajo, se marchan los que no soportan un 35% y así sucesivamente—, mientras que el otro permanece mezclado. Estos fenómenos de umbral y de feedback muestran que pequeñas alteraciones pueden provocar grandes efectos, desafiando uno de los principales supuestos del *modelo general lineal* (Abbott, 2001) que

subyace a la mayoría de los análisis multivariados: la concordancia entre la magnitud de la causa y la magnitud del efecto.

Al anular el tiempo se dejan fuera todos aquellos procesos donde causas y efectos tienen horizontes temporales prolongados, donde se dan fenómenos de umbral y de feedback, donde los efectos se producen por una concatenación de acontecimientos —cada uno con configuraciones causales distintas, de manera que lo que es eficiente en una etapa no lo es en otra—, donde hay bifurcaciones —en un momento dos caminos son equiprobables, pero el seguimiento de cada uno desencadena procesos completamente distintos—. También supone dejar fuera los procesos en que la secuencia de los acontecimientos importa: al analizar la fuerza de la asociación entre variables sincrónicamente, se ignora que en muchos casos es importante en qué momento se da cada elemento. Pierson (2004: 72) nos proporciona un ejemplo: el éxito de una alternativa política depende en gran medida de cómo esté ocupado en ese momento el espacio político; aquí llegar antes o después puede tener enormes consecuencias, y los países pueden diferir mucho en la composición política del parlamento en función de ello. Collins (1998) realiza un análisis similar del campo filosófico: el éxito y conformación de una filosofía depende de cómo esté estructurado el espacio de posiciones filosóficas en el momento en que se formula.

Estas limitaciones han llevado a muchos autores a un enorme escepticismo sobre la capacidad explicativa y predictiva de los análisis multivariados de muestras transversales: contruidos sobre datos discutibles y poco unívocos, descontextualizando los fenómenos de los entramados y procesos en que se producen y basándose en supuestos —como el *ceteris paribus*— poco realistas, están muy lejos de la lógica experimental que pretenden emular. Su extendida aplicación ha llevado a enormes listados de causas de todos los fenómenos, que varían en función de cómo se construyen y agrupan datos e indicadores, de dónde y cuándo se realiza la encuesta, de qué regresiones —de entre los cientos que se pueden realizar rápidamente con el software disponible— se decide publicar... Estas *cau-*

salidades, además, se basan en una concepción de *explicar* muy pobre (Abbott, 2001: 122): ¿qué significa que «el género explica la variación en la práctica deportiva»?

Analizar los fenómenos sociales como producto de procesos y configuraciones implica renunciar a imitar la lógica experimental. Frente a relacionar variables descontextualizadas, se impone el estudio detallado de casos situados geográfica e históricamente siguiendo los procesos que producen en su interrelación las estrategias y prácticas de los distintos actores. Frente al énfasis en *explicar* a partir de una matriz de datos cuantitativos, se impone la búsqueda de pruebas variadas, la triangulación de métodos, la recuperación de una lógica de investigación más afín a la del detective o a la de Darwin (Lieberson y Lynn, 2002). En fin, frente a la pretensión de establecer causalidades universales y predicciones a partir de proyecciones estadísticas, se impone la conciencia de que los fenómenos procesuales y de configuración pueden seguir caminos muy diversos y de que toda explicación tiene unas condiciones sociohistóricas de generalidad limitadas: a la generalidad —parcial y matizada— sólo se llegaría mediante la confrontación de estudios sobre casos afines realizados en distintos contextos sociohistóricos (Pierson, 2004; Marini y Singer, 1988).

2. LIMITACIONES EN LOS OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

Goldthorpe (2001) afirma que la investigación sociológica puede tener tres objetivos: establecer el *explanandum*, buscar mecanismos explicativos, testar las teorías. El dominio del modelo experimental ha llevado a privilegiar el tercer objetivo y una versión particular del segundo —encontrar covariaciones entre variables descontextualizadas—.

Se excluyen así la búsqueda de mecanismos explicativos en configuraciones sociohistóricas concretas y, sobre todo, la descripción: uno de los calificativos más negativos que puede recibir un texto es el de «estudio meramente descriptivo». Sin embargo, la descripción es, por sí misma, un valor. Esta afirmación puede parecer banal, pero un repaso a las principales revistas sociológicas dejaría perplejo

a cualquier lector no versado en sociología. Ante la proliferación de artículos donde los personajes son variables relacionándose entre sí puede preguntarse: ¿qué sé de nuevo sobre la sociedad que me rodea? El hecho de establecer *qué está ocurriendo* más allá de nuestro reducido círculo de relaciones sociales —y de que los lectores puedan conocer qué pasa más allá de su círculo cotidiano— es un objetivo básico de una disciplina que se pretenda *ciencia de la sociedad*.

«Establecer el *explanandum*» es el primer paso imprescindible para explicar. Merton no lo consideraba un asunto menor. En su texto clásico «Influjo de la investigación empírica sobre la teoría sociológica» (Merton, 2002: cap. 5) criticaba que se redujera la función de la investigación empírica a verificar hipótesis. Para él cumplía otras cuatro funciones imprescindibles, y en tres de ellas lo básico era establecer la existencia de nuevos hechos: iniciar la teoría (se observan hechos antes no observados), reformular la teoría incorporando hechos previamente no conocidos y ofrecer a la teoría nuevas posibilidades y objetos de investigación mediante nuevas técnicas de investigación. En un artículo muy posterior (Merton, 1987) insistía en ello: buena parte de las grandes contribuciones a la sociología ha consistido en establecer hechos que se desconocían o, más bien, se creían conocer a partir de supuestos erróneos. Una buena descripción evita uno de los grandes errores: intentar explicar lo que no existe. Pero además es esencial para otros cometidos.

En primer lugar, para la ruptura de las prenociones. Abbott (2001) señala que los artículos de relación de variables construyen narrativas a partir de sus cruces estadísticos: le dan sentido a los datos descontextualizados que manejan en sus ordenadores imaginando actores con objetivos y lógicas de pensamiento, y escenarios donde ocurren determinadas cosas. Los sociólogos suelen vivir en mundos académicos, con poco contacto con otros medios sociales e inmersos en lecturas especializadas y tablas de variables: su alejamiento del objeto de estudio, reducido a abstracciones, propicia todo tipo de inferencias sin fundamento, de atribuciones de formas de pensar y de actuar que responden más

a los esquemas del medio social del investigador que a la realidad y a la lógica en uso de los investigados.

En segundo lugar, para buscar mecanismos explicativos. La explicación que intente buscar los procesos y las configuraciones de relaciones en un ámbito determinado sólo es posible a partir de descripciones detalladas.

En tercer lugar, para determinar el ámbito de generalización de nuestros hallazgos. Como afirma Becker (2009: 76-83), todo dato se obtiene en un lugar concreto donde interactúan multitud de circunstancias. Nunca estudiamos un fenómeno general y nunca analizamos todas las relaciones implicadas en el objeto. Por ello, contextualizar con detalle el fenómeno observado es un paso imprescindible para poder determinar —mediante la comparación entre distintas investigaciones— el ámbito de generalidad a que pueden aplicarse las relaciones investigadas.

Este interés por la descripción se ha renovado recientemente en la sociología anglosajona precisamente por el escepticismo creciente con que se contempla la posibilidad de establecer leyes generales (Savage, 2009). Así, Goldthorpe (2001) insiste en la necesidad de establecer el fenómeno con métodos estadísticos: siguiendo a Lieberman, defiende que muchas de las covariaciones que se postulan como explicaciones deberían contemplarse y analizarse más bien como descripciones. Sociólogos de distintas escuelas teóricas y metodológicas coinciden así cada vez más en que una buena descripción es mil veces mejor que una mala explicación.

3. LIMITAR LA PRODUCCIÓN SOCIOLÓGICA A PÚBLICOS DE CLIENTES Y SOCIÓLOGOS

En 2004 Michael Burawoy aprovechó su conferencia como presidente de la Asociación Americana de Sociología para hacer una encendida defensa de la *sociología pública* (Clawson, 2007: 23-65). Burawoy distinguía cuatro tipos de sociología —profesional, crítica, de *policy* y pública— según la audiencia a la que iban dirigidas y el propósito que perseguían. La sociología profesional y la crítica

van dirigidas a un público de sociólogos. La primera consiste en reflexiones teóricas e investigaciones con objetivos teóricos, mientras que la crítica cuestiona las bases epistemológicas y normativas de la profesional. La sociología de *policy* y la pública van dirigidas a audiencias externas al cuerpo profesional. La primera consiste en investigaciones realizadas a demanda de clientes externos —empresas, administración pública—. La pública consiste en escribir para el público general o para movimientos sociales: su fin es alimentar los debates que se producen en estos públicos.

Burawoy afirmaba que todos estos tipos de sociología son necesarios. Así, las otras sociologías se basan siempre en los desarrollos teóricos que produce la sociología profesional. Pero, se lamentaba Burawoy, el dominio absoluto de la disciplina lo tenían la sociología profesional y de *policy*, en detrimento de la pública.

En este alejamiento de la sociología pública hay sin duda razones organizacionales. Como señala Burawoy, la sociología profesional provee de puestos en universidades y la de *policy* de fondos. La primera marca cómo hay que investigar y publicar; la segunda, sobre qué. La labor de los sociólogos que trabajan en universidades —que son quienes más publican— se mide por baremos copiados de las *ciencias duras*, mundializados por las multinacionales de la edición científica: cantidad de artículos publicados en revistas científicas, factor de impacto de la revista. . . La intervención en el debate público no puntúa en la carrera universitaria. De ahí que las discusiones entre académicos ya no versen sobre el contenido de los artículos, sino sobre dónde se publican: ¿cuántos *jobs tienes*? Las propias revistas, en la búsqueda de factor de impacto y como medio de resolver los numerosos problemas que la burocratización de la publicación y la avalancha de artículos a publicar provocan, han impuesto un modelo estricto de aceptación de artículos que valora más la sumisión al modelo formal que su interés para los posibles lectores.¹

La configuración del campo de producción sociológica ofrece pocos incentivos a la sociología

¹ Es muy ilustrativa la evolución del *American Journal of Sociology* (Abbott, 1999).

pública. A su vez, el tipo de producción sociológica dominante, con su énfasis en buscar correlaciones entre variables, tampoco tiene mucho atractivo para quien no esté apasionado por saber si la correlación entre nivel de estudios de los cónyuges y tiempo dedicado al cuidado de los hijos es de .27 o de .38. Como señala Abbott (2001), la pérdida de relevancia de la sociología en la escena pública ha acompañado al abandono de las descripciones y de los análisis de los fenómenos sociales concretos mediante narrativas que relacionen los distintos elementos relatando los procesos. La hegemonía de los análisis multivariados de variables y la retirada del espacio público no son fenómenos ajenos entre sí.

Sin embargo, la sociología pública es una parte esencial de la sociología desde su nacimiento: en el centro de la inquietud por comprender está la inquietud por transformar. La cantera de sociólogos se alimenta precisamente de personas inquietas por la justicia social, cuyos ánimos nos encargamos de apagar curso tras curso hasta convertirlos en disciplinadas buscadoras de credenciales mediante regresiones con el SPSS.

Sin inmersión en los debates públicos, la sociología arriesga reducir sus objetos de investigación a lo que demanden las administraciones públicas, fundaciones y empresas privadas: investiga el uso de móviles por los jóvenes, no físgues lo que ocurre en los juzgados o cómo funciona la administración del Estado, no investigues por qué unos grupos sociales van más a la cárcel que otros ni cómo las clases medias siempre logran obtener más recursos públicos, no te inmiscuyas en los abusos que sufren los trabajadores, no investigues cómo logramos mantener a las *clases humildes* fuera de *nuestros* colegios... Mejor haz una encuesta de valores, analiza anuncios de televisión o *explora* la última encuesta sobre preocupación de los españoles por el medio ambiente.

Merton (1987) señalaba que la descripción tiene una dimensión política, pues las luchas políticas son luchas por imponer una definición de la realidad, lo que implica, entre otras cosas, imponer qué hechos entran en ella, qué es visible e invisible. La sociología pública tiene aquí una de sus tareas más urgentes: introducir en la definición pública

de la realidad hechos que obstinadamente se excluyen de ella.

Para intervenir en el debate público no basta saber y hacérselo saber a quien quiera escuchar, hay que hacer sociología pública y escribir para poder ser leído. William J. Wilson, que ha dedicado su vida a analizar y a publicar sobre la segregación étnica en EEUU, lo dejaba bien claro en un volumen dedicado a discutir la propuesta de Burawoy (Clawson, 2007: 117-123): la sociología sólo puede incidir en el espacio público, incluso en la Administración del Estado —no sólo como mandada, sino proponiendo alternativas— y encontrar fondos, estudiantes y prestigio profesional si es conocida, si se sabe para qué sirve y qué dice.

Si la sociología se excluye de los debates públicos —por los contenidos que publica o por la forma de publicarlos— y sólo habla para sociólogos y para clientes —que publicarán los informes sólo si les conviene—, simplemente delega todo ese trabajo político que por su posición puede y debe hacer: podrá invocar *obediencia debida*, pero es *denegación de auxilio*.

4. LA NECESIDAD DE LA INVESTIGACIÓN CUALITATIVA

Podríamos describir las limitaciones expuestas como un embudo en el que progresivamente se excluyen de la corriente dominante casi todas las sociologías posibles, hasta que sólo queda un tipo de sociología profesional o de *policy* —no pública ni crítica— que intenta testar teorías o hallar explicaciones generales —no describir ni explicar configuraciones sociohistóricas concretas— mediante la búsqueda de asociaciones entre variables descontextualizadas —dejando fuera procesos y configuraciones, así como todo lo no cuantificable—. Estas limitaciones no van necesariamente juntas: responden a factores teóricos, metodológicos, organizacionales diversos. Su superación, por tanto, no va necesariamente ligada a ningún tipo concreto de investigación o metodología. Sin embargo, creo que la metodología cualitativa ofrece enormes ventajas para abordar algunas de estas limitaciones.

En primer lugar, en la descripción. Es indudable que las descripciones estadísticas pueden jugar

un importante papel en establecer nuevos fenómenos a explicar o en rebatir preconociones extendidas (Goldthorpe, 2001). Sin embargo, su ámbito de aplicación es limitado: deben existir magnitudes susceptibles de ser medidas y dispositivos de registro de las mismas.² Además, muchas prácticas no son registradas o lo son de manera engañosa precisamente porque suponen importantes apuestas y/o se alejan de lo legal y legítimo. La descripción cualitativa no tiene, en principio, unos límites tan estrictos: aunque no cualquiera pueda entrar en cualquier lugar a preguntar y observar cualquier cosa, las posibilidades son mucho mayores.

A su vez, esta inmersión en el campo —observando, entrevistando, analizando documentos, etc.— permite llegar a un nivel de detalle básico para poder establecer el fenómeno: a) porque permite ver elementos que pueden jugar un papel crucial pero que pasan desapercibidos a los vuelos de pájaro habituales en las técnicas cuantitativas (Timmermans, 2013); b) porque permite relacionar los distintos elementos en un contexto local, en lugar de descontextualizarlos y relacionarlos en tablas; c) porque permite analizar entornos sometidos a fuertes cambios (Meyer et al, 2005).

Esta inmersión en el campo juega además un papel fundamental en la ruptura de las preconociones que inevitablemente acompañan al investigador: la necesidad de salir de su reducido círculo de relaciones sociales, de interactuar con personas con las que no cruzaría una palabra en condiciones normales, de inmiscuirse en vidas y escenarios ajenos, juega un papel decisivo para poder quebrar la tupida maraña de preconociones que nos acompañan necesariamente cuando se trata de percibir y juzgar a *los otros*.³

A su vez esta descripción detallada —e informada teóricamente— juega un papel crucial al explicar fenómenos sociohistóricos concretos: es a partir de su riqueza de detalles y de la densidad de las infor-

maciones que proporciona que el investigador puede seguir los procesos y las configuraciones en que se insertan los fenómenos concretos. Esta riqueza permite analizar —en lugar de imaginar— mecanismos causales: de ahí que abunden los casos de investigadores que, tras establecer algunos hechos estadísticos, se vuelvan a los métodos cualitativos para entender qué está ocurriendo realmente en la configuración sociohistórica que pretende analizar (Timmermans, 2013; Meyer et al, 2005; Merton, 2002: cap. 12).

Este énfasis en la búsqueda de mecanismos explicativos —situados histórica y socialmente— mediante técnicas cualitativas se contraponen con la división que comúnmente se traza entre técnicas cuantitativas y cualitativas: las primeras servirían para explicar; las segundas, para comprender el sentido que le dan los individuos a su acción. Esta división ha legitimado el carácter subalterno de la investigación cualitativa: lo importante, la explicación, le correspondería a las técnicas cuantitativas; las cualitativas serían un mero auxiliar para ver las interpretaciones que hacen los sujetos o para diseñar las preguntas de la encuesta. La argumentación que hemos seguido hasta aquí dibuja una división de tareas muy distinta: los datos estadísticos servirían, a lo sumo, para describir y para sugerir explicaciones —a partir de las asociaciones entre variables que presentan—, pero no podrían ofrecer explicaciones; éstas —junto a las descripciones detalladas— serían una —difícil— tarea de la investigación cualitativa que podría proponer mecanismos explicativos siempre situados histórica y socialmente. Así, muchos de los problemas metodológicos ligados a la selección pueden abordarse mediante técnicas cualitativas: p. ej., las encuestas transversales pueden establecer una relación entre dejar de delinquir y casarse; pero sólo con etnografías o historias de vida podemos analizar cómo se desarrolla este proceso (Kazemian y Maruna, 2009).

² La emergencia de los *big data* ha servido para superar en parte esta limitación y ha despertado en algunos sociólogos enormes expectativas (Savage y Burrows, 2007).

³ Ver, p. ej., Goffman, 2014. Esta investigadora blanca de clase media pasó varios años en un gueto negro con jóvenes que alternaban períodos en búsqueda y captura, libertades condicionales y encarcelamiento. En el apéndice metodológico cuenta cómo la experiencia la fue convirtiendo en una extraña a ojos de sus compañeros de universidad: los dos mundos son tan ajenos entre sí que sólo una verdadera migración al otro lado permite entender qué ocurre allí.

Estas ventajas de la investigación cualitativa implican poner el acento en los entramados y procesos en que se producen los fenómenos. Ello supone evitar limitar la investigación a descifrar discursos. En efecto, muchas investigaciones cualitativas, teniendo como materia prima discursos, buscan las razones de la acción de los sujetos en los discursos; reproducen así uno de los supuestos básicos de la hipótesis parsoniana: la acción social está determinada por la cultura interiorizada (Martín Criado, 2014; 2010: cap. 4). Poner el acento analítico en los procesos implica, por el contrario, siguiendo conceptos como el de carrera moral, que las acciones y los discursos de los sujetos varían en función de la configuración de relaciones, que sus acciones no dependen sólo de sus decisiones, sino de los actos y decisiones de las otras personas con las que está y que la estructura de relaciones en que se halla va modificando su forma de actuar y de ver el mundo.

Estas descripciones y explicaciones cualitativas tienen más posibilidades de alimentar los debates públicos —si se publican en un lenguaje accesible—. En primer lugar, por la relevancia de sus resultados: los cruces descontextualizados de variables pueden mostrar que la variable A suele actuar para producir el resultado Y, pero no pueden decir qué ocurrirá en una formación social concreta ni que procesos y relaciones están en juego en ese caso. Frente a esta descontextualización, los estudios de configuraciones concretas aportan muchos más elementos para comprender la situación local y actual y para actuar en ella. Esa relevancia, a su vez, es la que puede hacer *interesantes* los escritos sociológicos para un público amplio. Ofreciendo descripciones detalladas, narrando los procesos, analizando los entramados de relaciones que interactúan en un momento y lugar concreto: sólo así se puede atraer la atención de un público deseoso de comprender la realidad social que le rodea, pero indiferente a las tablas y correlaciones que abarrotan las publicaciones sociológicas actuales.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBOTT, A. (1999). *Department and discipline*. Chicago, University of Chicago Press.
- ABBOTT, A. (2001). *Time matters*. Chicago, University of Chicago Press.
- BECKER, H. S. (1970). *Sociological work. Method and substance*. Chicago, Aldine.
- BECKER, H. S. (2009). *Trucos del oficio*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- CLAWSON, D. (ed.) (2007). *Public sociology: fifteen eminent sociologists debate politics and the profession in the twenty-first century*. Berkeley y Los Angeles, University of California Press.
- COLLINS, R. (1998). *The sociology of philosophies*. Cambridge, Harvard University Press.
- DEUTSCHER, I. (1973). *What we say / what we do*. Glenview, Scott, Foresman and Company.
- DUNCAN, O. D. (1984). *Notes on social measurement*. Russell Sage Foundation.
- GOFFMAN, A. (2014). *On the Run: Fugitive Life in an American City*. University of Chicago Press.
- GOLDTHORPE, J. H. (2001). «Causation, statistics, and sociology», *European Sociological Review*, 17(1). 1-20.
- GRANOVETTER, M. (1978). «Threshold models of collective behavior». *American journal of sociology*, 83: 1420-1443.
- KAZEMIAN, L. y MARUNA, S. (2009). «Desistance from Crime», en M. D. Krohn, A. J. Lizotte y P. G. Hall (eds.), *Handbook on Crime and Deviance*. New York, Springer, pp. 277-96.
- LIEBERSON, S. (1985). *Making it count*. University of California Press.
- LIEBERSON, S. y LYNN, F. B. (2002). «Barking up the wrong branch: Scientific alternatives to the current model of sociological science», *Annual Review of Sociology*, 28:1-19.
- MARINI, M.M. y SINGER, B. (1988). «Causality in the Social Sciences», *Sociological Methodology*, 18: 347-409.
- MARTÍN CRIADO, E. (1991). «Del sentido como producción: elementos para un análisis sociológico del discurso», en M. Latiesa (ed.). *El pluralismo metodológico en la investigación social*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada; pp. 187-212.
- MARTÍN CRIADO, E. (2010). *La escuela sin funciones*. Barcelona, Bellaterra.
- MARTÍN CRIADO, E. (2014). «Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y

- análisis de discurso», *Revista Internacional de Sociología*, 72(1). 115-138.
- MERLLIÉ, D. (1993). «La construcción estadística» en P. Champagne, R. Lenoir, D. Merllié y L. Pinto, *Iniciación a la práctica sociológica*. México, Siglo XXI.
- MERTON, R. K. (1987). «Three fragments from a sociologist's notebooks: Establishing the phenomenon, specified ignorance, and strategic research materials», *Annual review of sociology*, 13(1). 1-29.
- MERTON, R. K. (2002) (4ª ed.). *Teoría y estructuras sociales*. México, Fondo de Cultura Económica.
- MEYER, A. D., GABA, V. y COLWELL, K. A. (2005). «Organizing far from equilibrium: Nonlinear change in organizational fields», *Organization Science*, 16(5). 456-473.
- PASSERON, J. C. (1991). *Le raisonnement sociologique*. París, Nathan.
- PIERSON, P. (2004). *Politics in time*. Princeton University Press.
- SAVAGE, M. (2009). «Contemporary sociology and the challenge of descriptive assemblage», *European Journal of Social Theory*, 12(1). 155-174.
- SAVAGE, M. y BURROWS, R. (2007). «The coming crisis of empirical sociology», *Sociology*, 41(5). 885-899.
- TIMMERMANS, S. (2013). «Seven warrants for qualitative health sociology», *Social Science & Medicine*, 77: 1-8.

